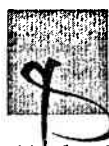


La buena estrella



apá, –¿qué te hizo mirar a mamá por primera vez? –preguntó Isaac, nuestro hijo mayor.

–Tu abuela, que en paz descanse. En el campo de refugiados era un lujo tener mamá–. Le respondió mi esposo, y cogió el periódico dando por terminada la conversación.

Ante la cara de asombro del muchacho, retrocedí casi treinta años y comencé a relatarle:

–Me costaba creer que algo así me estuviera sucediendo. La guerra había terminado hacía menos de un mes y aún no entendíamos nuestra condición de sobrevivientes. Estábamos recién llegadas al campo de refugiados y ese joven siempre nos estaba mirando. No era exactamente un coqueteo, pero era insistente.

Yo estaba en los huesos, el cabello eran dos hebras opacas y el vestido hilachas descoloridas. Él no estaba en mejores condiciones. ¿Quién podría estarlo después de una larga temporada en los campos de concentración nazi? La situación en el campo de refugiados era confusa y contradictoria. Alegría de que la guerra hubiera terminado y de estar vivos; tristeza por la suerte incierta de los seres queridos, por los horrores vividos en carne propia y

por las atrocidades presentidas. Me reprochaba el estar pensando en esas cosas, pero ese par de ojos nos seguía a todas partes.

Mi madre se dio cuenta; ese muchacho se nos cruzaba seguido. Permanecíamos juntas a todas horas. Después de vivir con la muerte acechando en alemán, era un milagro nuestro encuentro. Coincidir en el campo de refugiados fue vital para ella. Cuando nos encontramos se debatía con una tos que más parecía salida del alma que de los bronquios. Estaba en el límite, pensaba que la próxima sería ella; vio morir de agotamiento a muchas de sus compañeras de galpón. El capo del área ya le había hecho varios llamados por su falta de fuerza; eso significaba que en una mañana próxima saldría de las filas de trabajo para ir a las duchas de gas. Cuando terminó la guerra sólo le interesaba llegar a un lugar que le garantizara un entierro digno. La imagen de cuerpos entrelazados cubiertos de tierra era una pesadilla para la mayoría.

En el tren que nos llevó al campo de concentración estuvimos juntos por última vez; después nos separaron a todos: mi padre con los hombres mayores, mi madre con las mujeres, mis hermanos con los niños y a mí

con

con las jóvenes. Durante un trecho, mientras las filas avanzaban lentamente, pudimos acompañarnos con la mirada; después, lo inconcebible.

Todas las mañanas hacíamos la fila para revisar las listas de sobrevivientes que, día a día, eran actualizadas. Eso nos permitió presenciar la reacción de júbilo de tu padre al encontrar el nombre del hermano mayor en un listado. Con los ojos llenos de lágrimas se nos acercó y nos hizo partícipes de su hallazgo. A partir de ese momento formamos un trío donde el único lugar claro era el de mi madre.

Cuando la incertidumbre y el dolor aparecían en mis ojos en forma de vacío negro, Abraham me consolaba recordándome mi buena estrella; tenía a mi madre conmigo: "Una mamá sabe cómo hacer las cosas, todo va a salir bien. Teniendo mamá uno nunca se siente solo", me decía tu padre, con mi mano entre las suyas.

Percibía en esas palabras una verdad nacida del inmenso desamparo; se sentía perdido en el mundo. Un año mayor que yo y el menor de cuatro hermanos, la guerra lo encontró empezando sus estudios de física. Aún hoy, no entiende cómo soportó la estadía en el campo de concentración. No dejó de extrañar a sus padres y hermanos ni un solo instante; todas las noches derramó lágrimas pensando en ellos. Lo sostuvo la ilusión del reencuentro. La guerra tendría que acabarse un día.

Mi hijo que me miraba como si atrapa las palabras con los ojos y no con los oídos, quiso saber qué hacía yo antes de la guerra.

—Me faltaban pocos meses para terminar mis estudios básicos y todo estaba arreglado para casarme con mi novio de toda la vida.

—¿De toda la vida? —hizo eco mi hijo— ¿No eras en ese entonces demasiado joven?

—A los diecisiete años un novio de cinco años es de toda la vida —le respondí con un guiño y continué con el relato—. De mi novio y su familia nada sabíamos; no había rastro en las listas. Muchos años después, supe de una hermana de él que vivía en Guatemala. Me pareció inoportuno remover cosas que se enterraron vivas. No me comuniqué con ella.

Cuando tu tío Rubén fue por fin trasladado, nos pusimos muy contentas nosotras también; era como si la familia hubiera crecido. El encuentro de ellos fue estremecedor, se miraron largo rato hasta que pudieron abrazarse, después hablaban y lloraban, lloraban y hablaban. La pregunta por el destino del resto de la familia era una sombra dolorosa. Durante muchos años continuamos nuestra búsqueda, estuvimos siempre en contacto con los organismos encargados de ubicar a los sobrevivientes de la guerra. El tiempo se encargó de confirmar lo peor, en ninguna de las dos familias encontramos a nadie más.

Mi madre se convirtió en la mamá de los tres. Tu padre y yo pasamos de consolarnos mutuamente y de ser un apoyo cuando el alma se nos encogía de dolor, a hacer planes para el futuro. Rubén tenía entre ceja y ceja que la mejor opción, para empezar una nueva vida, era viajar a América.

Le escribimos al tío José, hermano de mamá, que vivía en Panamá desde antes de la guerra. Siempre quiso reunir a la familia, pero mi padre no entendía para qué iba a dejarlo todo si vivíamos tan bien y, sobre todo, el negocio estaba en su mejor momento. El tío fue muy efusivo en su carta de respuesta y prometió ayudarnos en todo lo que estuviera a su alcance. En cuanto a trabajo, tenía un negocio próspero y había mucho por hacer.

En América, fieles a nuestros planes hechos en el campo de refugiados, nos casamos. Poco a poco sentimos el alivio de no ser perseguidos por nadie, y todas las oportunidades las aprovechamos para lograr la estabilidad de la familia. Gracias a Dios, contábamos con mamá en esa época. Cuando ustedes nacieron, ella fue un soporte importante; recordaba cómo se hacían las cosas antes de la guerra: las oraciones, la comida y las canciones de cuna en yidish. Tu papá y yo pasábamos casi todo el tiempo dedicados a sacar adelante el almacén. Los viernes, cuando nos demorábamos en llegar, ella prendía las velas también en nuestra casa. A pesar de la insistencia de tu padre que la quería con nosotros, siempre vivió cerca, nunca bajo el mismo techo. Era un principio que su propia madre le había enseñado π